



MONTE-TORO

REVISTA MARIANA MENSUAL

Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Redacción y Administración: José M.^a Quadrado, 40. = 5 Cénts. número

AÑO VIII. *

CIUDADELA, DICIEMBRE DE 1919.

* NÚM. 94.

SUMARIO:

«El escapulario azul», pág. 45.
Sección poética: «A la Inmaculada», por Juan

M.^a Solá, S. J., pág. 47.—«Flors del col»,
por Mn. Jacinto Verdaguer, pág. 48.

EL ESCAPULARIO AZUL

A mediados del siglo XVI vivía en Nápoles, de donde era natural, una virgen singularmente favorecida de Dios, llamada Ursula Benicasa, hija de padres nobles, virtuosos y descendientes de la familia de Santa Catalina de Sena.

Devotísima ya desde su infancia del Misterio de la Inmaculada Concepción, eran sus nobles deseos trabajar por la reforma de costumbres de los cristianos, rogar por la conversión de los pecadores y propagar la devoción a la Virgen Santísima en el Misterio de su Purísima e Inmaculada Concepción, mereciendo que la Reina del cielo la favoreciera con singulares demostraciones de amor y la visitara el día 2 de febrero, fiesta de la Purificación, con el Divino Infante en sus brazos, vestida de túnica blanca y manto azul y acompaña-

da de un coro de vírgenes vestidas de los mismos colores y forma.

Ursula, la dijo la Virgen: escucha atentamente lo que va a decirte Jesús. Jesús la manifestó que era voluntad suya se fundase una sagrada ermita, donde treinta y tres vírgenes hiciesen vida religiosa en honor de la Inmaculada Concepción de María, su Madre, llevando un hábito semejante en la forma y en el color a aquél de que la veía vestida, prometiéndole bienes inmensos y gracias muy particulares.

Suplicó Ursula al santo Niño que extendiera aquellas gracias a cuantos, viviendo en diferentes estados, se esmerasen en llevar pura e intachable vida y en obsequiar con amor a la Santísima Virgen; y Jesús hizo ver entonces a Ursula multitud de ángeles que, volando sobre la tierra, esparecían por todas partes pequeños escapularios en gran núme-

ro. Tal es el origen del escapulario de la Purísima Concepción, el más rico tesoro de cuantos la Santísima Virgen tiene concedidos a sus hijos para rescatar las penas de los pecados, volar pronto al cielo y tenerlos a su lado en las moradas de la bienaventuranza.

APROBACIÓN Y PROPAGACIÓN

El Papa Gregorio XIII, después de haberse cerciorado por personas doctas y sabias del espíritu y virtudes de Ursula, de que eran ciertas las cosas admirables que le comunicaba, como también la revelación que tuvo de Dios y de los ángeles, no solamente aprobó el santo Escapulario azul y dió a Ursula el título de fundadora de religiosas ermitañas teatinas, si que también mandó predicar la reforma de costumbres, y excitar a penitencia por los pecados cometidos, a fin de aplacar la divina Justicia, encomendando como medio muy poderoso la devoción al Escapulario azul. Lo propio hicieron sus sucesores Clemente IX, Clemente X y Clemente XI.

Propagóse de día en día la piadosa práctica de vestir el Escapulario azul, y reconociendo en él un don de la Virgen María y una señal de devoción al inefable Misterio de su pureza, Papas, Emperadores y Reyes, Cardenales, Prelados y Ordenes de nobleza y hasta ciudades enteras, que imitaban el ejemplo de sus príncipes y pastores, recibieron el santo escapulario con augustas ceremonias y singulares demostraciones de júbilo.

Recomendamos, pues, este es-

capulario azul de la Inmaculada Virgen María a todos los fieles católicos, y singularmente a los jóvenes y doncellas cristianas.

Todos sabemos que el espíritu de la moderna impiedad es un espíritu inmundo, el cual, por medio de las modas provocativas, de los bailes escandalosos, de los cines y teatros deshonestos, de las láminas y revistas pornográficas y de todos los alicientes del vicio más vergonzoso, trata de extinguir el fuego sagrado de la piedad, de quitar el temor de Dios de los corazones, de amortiguar la fe y de causar la eterna perdición de las almas.

Es menester, pues, tomar todas las precauciones necesarias para no perecer en esta verdadera epidemia de inmoralidad; y uno de los remedios seguros es la devoción a la Inmaculada Madre de Dios, Virgen de las vírgenes y flor de toda pureza y santidad, que mereció llevar en su seno al Verbo de Dios encarnado.

Si la honramos como ella merece; si rezamos su santísimo Rosario; si nos encomendamos a Ella rezándole tres avemarias al levantarnos y al acostarnos; si la obsequiamos en sus principales festividades, recibiendo en ellas los santos Sacramentos; si acudimos a su protección en nuestras tentaciones y peligros, Ella nos ofrecerá un escudo celestial para librarnos de todos los dardos del inmundo enemigo, que hace actualmente los más horrendos estragos, aun en las naciones católicas.

¿Y cuál es ese escudo del cielo, con el cual hemos de adornarnos y defendernos? Es el Escapulario azul de la Virgen Inmaculada o la medalla que puede hacer las veces del escapulario.

Es imposible que el que lleva esta preseña de María al ser acometido de la tentación, no reciba una inspiración santa que le avise de su peligro, y una fuerza sobrenatural para poder triunfar gloriosamente de todas las tentaciones por grandes que sean.

INDULGENCIAS

Las indulgencias concedidas a los que llevan el Escapulario azul, o la medalla que suple por dicho escapulario, son un verdadero tesoro. Cada vez que se recen seis padrenuestros con seis *avemarias* y seis *Gloria Patri* en honor de la Santísima Trinidad y de María Inmaculada, con la intención de pedir a Dios la exal-

tación de la santa Iglesia, extirpación de las herejías, paz y unión entre los principes cristianos, pueden ganar todas las indulgencias de las siete basílicas de Roma, de la Porciúncula, de Jerusalén y de Santiago de Compostela y otras indulgencias plenarias.

Es, pues, tan grande el número de dichas indulgencias, que algunos han dicho si llegaban a quinientas. Pero no es fácil determinar dicho número; baste saber que es muy crecido. Y, aunque nosotros no tenemos necesidad de ganar sino una indulgencia plenaria para librarnos de las penas del Purgatorio, como todas son aplicables a las benditas almas que están en aquellas penas, podemos aplicarles todas las que nosotros no hemos menester y abrir de este modo a muchísimas almas las puertas de la patria celestial.

SECCIÓN POÉTICA

A LA INMACULADA CONCEPCIÓN

¿De dónde en nuestra España saliste
[a hacernos guerra,
Monstruo feroz, que turbas el univer-
[so fiel?
¿De dónde esa pujanza que oculta nos
[aterra?
¿Quién eres si ya no eres engendro de
[Luzbel?...

Eres la bestia horrenda que vió el
[Profeta santo
Salir del hondo abismo del turbulento
[mar;

Y recorriendo el mundo, con fraude o
[con espanto
Vencer pueblos tras pueblos y el orbe
[señorear.

Tu fuerza es el misterio, tu carro
[el despotismo,
Tus piés son de oso horrible, tu boca
[de león;
Tus ojos son de fuego, tu lengua el
[simbolismo,
Tu espíritu el aliento del infernal dra-
[gón.

Yo ví en siete cabezas tus diez co-
[ronas de oro,
Vi reyes y monarcas postrados a tus
[piés;



Vi inmensa muchedumbre que en tu-
multuoso coro,
Blasfemias vomitando, gritaban: *Ella*

[*es.*
Y en báquicos furoros guirnaldas te
[te]jían

Y con inmundos ritos altares alzar ví;
Omnipotentes somos, no hay otro Dios,

[decían,
Muera de tedio y hambre quien no te
[adore a ti.

¿A ti, bestia nefanda, la raza de
[Pelayo,

Los hijos de Maria te han de adorar?
[Jamás,

La que rompió tu frente con el virgí-
[neo rayo

Romperá para siempre tus mallas, Sa-
[tanás...

Quebrántalas, María, y acude a
[nuestra España

Que en Tí fiando exclama: *¡Ay Madre,*
[ay Madre, ven!

Aplasta ya a la bestia que en mí ceba,
[su saña,

Como quebrantas invicta la sierpe del
[Eden.

¿La España de la Virgen España
[del demonio?

Antes se vendrá a tierra la esfera ce-
[lestial;

Si el *Masonismo* astuto entró en tu
[patrimonio

Fue para hallar la muerte bajo tu pié
[inmortal.

JUAN M.^a SOLÁ, S. J.



FLORS DEL CEL

Els justos son lliris,
les verges son roses
qui fa més hermoses
la sang dels martiris.

I vos, vida mia,
fillet, de Maria,
d'eix célic verger
sou el jardiner.

Vostra amor és sense mida,
mes ¡ai! no sou estimat
Com esqueix de sajudida,
dau sempre odor exquisida,
i sempre sou trepitjat!

¿Cuan será que a Vos s'endrecin
els que ara abeura l'amor?

Oh! si los ulls hi vegessin;
se moririen d'amor!

Ma. Jacinto Verdagner.

